

SWERINGEN, PODGER (ed.), *Soviet and Chinese Communist Power in the World Today*, Basic Books, Inc.; Nueva York, 1966. 127 pp.

Esta obra, recopilación de cinco ensayos de autores norteamericanos, es un intento más de análisis de la política doméstica e internacional de los dos principales países socialistas, la Unión Soviética y la República Popular China, en el contexto mundial de la época.

Los grandes temas se refieren a los cambios ocurridos dentro de la esfera socialista a partir de la segunda guerra mundial, las repercusiones que tuvieron sobre la política exterior soviética y china, y sus consecuencias en las relaciones entre el mundo socialista y el capitalista. La tesis fundamental de la obra es que con la división internacional de poderes resultante de la última guerra, Estados Unidos ya no tiene frente a sí una esfera socialista que represente política o económicamente una amenaza real a sus intereses de superpotencia.

Max Frankel, en su capítulo sobre las fluctuaciones del mundo comunista, se refiere a una nueva corriente de cambios en la arena mundial que considera posible por la decisión de Estados Unidos y la Unión Soviética de no enfrentarse directamente en un conflicto armado, con el fin de mantener inamovibles sus áreas de influencia. Esta política ha permitido el desarrollo de tendencias nacionalistas en ambos bloques, principalmente las de Francia y de China. Según el autor las bases de esta decisión residen en el nuevo equilibrio mundial militar-técnico-diplomático, y sobre todo, en la pérdida del monopolio nuclear de las superpotencias, que ha facilitado a las potencias menores una mayor libertad de acción.

Frankel estima que han sido cinco los principales cambios en el mundo socialista: 1) el debilitamiento de la hegemonía soviética dentro de su esfera; 2) la demostración, a partir de la guerra de Vietnam, de que en cuestiones de política exterior Moscú antepone sus intereses nacionales a los ideológicos, es decir, prefiere la cooperación al enfrentamiento; 3) el deterioro de la influencia marxista-leninista por crecientes divergencias dentro del movimiento comunista internacional; 4) el conflicto sino-soviético, cuyas causas se encuentran en diferencias de interés nacional, y 5) los cambios en la vida interna de la Unión Soviética a raíz del proceso de desestalinización que ha liberado en cierta manera el sistema. Principalmente en Estados Unidos se ha pasado, como reacción y producto de estas fluctuaciones, a un "revisiónismo" que ha reemplazado la política de contención al comunismo por una

de cooperación dentro de lo posible. Como resultado de estos cambios Frankel considera que el poder de la Unión Soviética y del socialismo en general se han debilitado al grado de que Moscú puede ser considerado ya simplemente como otra gran potencia, pero no como un rival peligroso para Estados Unidos o un reto para el capitalismo. Al perderse paulatinamente en Occidente el temor hacia el comunismo también sus alianzas se han debilitado. Señala que Estados Unidos busca ahora el apoyo de una de las grandes potencias socialistas para oponerse a las acciones de la otra, tal como la colaboración Estados Unidos-Unión Soviética apoyando a la India contra China, pero considera muy improbable alguna alianza Pekín-Moscú o Estados Unidos-China.

El autor parece desdeñar en sus argumentos que la Unión Soviética no ha dejado de ser una gran potencia con influencia decisiva en el desarrollo de las relaciones internacionales ni que la doctrina marxista-leninista ha perdido su papel de alternativa real para el desarrollo no capitalista en el Tercer Mundo. Asimismo, parece olvidar que Estados Unidos está pasando por una crisis interna cuya gravedad no es aún previsible, y que ha repercutido en un debilitamiento de prestigio y hegemonía en su área de influencia, particularmente notable en el creciente nacionalismo europeo y latinoamericano. Por otro lado, el reciente acercamiento norteamericano a Pekín podría desembocar en nuevos compromisos que Frankel considera poco factibles.

El análisis de la política exterior soviética desde Jruschov corresponde a Philip Mosely, quien señala que a partir de la muerte de Stalin se ha iniciado una nueva etapa de autorrestricción, no agresividad y no expansionismo para evitar un enfrentamiento con Occidente, política mejor realizada por los actuales líderes soviéticos que por Jruschov, quien provocó la crisis de los misiles de 1962. Para Mosely, esta actitud ha aumentado el prestigio internacional de la Unión Soviética. Presenta además dos puntos de vista para explicar esta nueva política: el primero se debe a factores externos, como el fortalecimiento del capitalismo, el fin del aislacionismo que Estados Unidos practicó después de la guerra, la disputa sino-soviética, etc. El segundo se debe a factores internos como la desestalinización, que permitió un florecimiento del nacionalismo en los regímenes socialistas, condujo a una política exterior de coexistencia pacífica, redujo la importancia de la ideología en la toma de decisiones, etc. Contrariamente a lo que opina Frankel, Mosely considera que Estados Unidos debe seguir cuidando sus alianzas occidentales para evitar el fortalecimiento y la agresividad de la Unión Soviética y sus aliados.

También señala Mosely que el conflicto sino-soviético acabó con las pretensiones de infalibilidad del dogma marxista, lo cual

debilitó el movimiento comunista internacional, pero aumentó el prestigio soviético frente a los fracasos de los chinos. Cree posible que a la muerte de Mao haya un acercamiento entre ambos, pues no es factible que China se erija en una gran potencia sin la ayuda de Moscú. El autor señala, pues, que la postura más cautelosa de los soviéticos es producto de una visión más realista del equilibrio de poderes mundiales y que no variará a menos que Estados Unidos se debilite.

Cabe señalar que ambas explicaciones sobre la nueva política son parcialmente correctas, pero sería más convincente mencionar la interacción de ambas. Suponiendo que sea poco probable un acercamiento sino-soviético y teniendo en cuenta que las causas del conflicto son cuestiones de interés nacional y no ideológicos como sostiene el autor, y aceptando además la disminución del prestigio soviético por las contradicciones en su actitud y ayuda a países subdesarrollados, es indudable que ha aumentado la influencia de las fracciones pro-chinas en estas zonas. Por otro lado, si China logra convertirse en gran potencia, aun sin ayuda soviética, esto haría cambiar el equilibrio mundial de poderes aunque Occidente no se debilitara.

En su análisis de la política exterior china George Taylor fija tres objetivos: 1) recuperar sus perdidas glorias y áreas de influencia; 2) obtener el liderazgo del mundo socialista; y 3) hacer que el equilibrio internacional de poderes pase a ser favorable a los socialistas, para lo cual brinda su apoyo a las revoluciones "terroristas" del Tercer Mundo. Respecto al primer objetivo, señala que China siempre ha tenido un fuerte nacionalismo, pero que ahora precisamente su carácter comunista la hace agresiva, expansionista y antioccidental. El autor llega incluso a comparar las "tendencias expansionistas" chinas con las de Hitler, pero considera que para que China se convierta en una gran potencia necesitará comerciar con Estados Unidos y que Washington apoye su entrada a las Naciones Unidas, lo cual estima poco menos que imposible. Los recientes acontecimientos lo desmienten categóricamente. Respecto al segundo punto, Taylor encuentra la principal causa del conflicto en factores de culto a la personalidad, refiriéndose a Mao como un "megalómano que se cree el heredero natural del trono después de Stalin y el máximo teórico del marxismo". Sorprende la falta de comprensión sobre el tema, a niveles más graves que los demás coautores. Sobre el tercer objetivo, opina que no es posible que el equilibrio de poder favorezca al socialismo, pues esto implicaría que Estados Unidos dejaría de ser una superpotencia y que China no pudiera obtener el liderazgo del mundo comunista, pues la única posibilidad que concede a China de convertirse en gran potencia es la extensión de su territorio y su población.

El optimismo de Taylor sobre lo inalterable de la superioridad absoluta de Estados Unidos parece exagerado a la luz de los acontecimientos recientes que están promoviendo redefiniciones continuas de las esferas de influencia y donde se advierte la importancia de China en la toma de decisiones de nivel internacional.

Marshall Shulman, autor de otros libros sobre el tema, escribe sobre la actual *détente* en las relaciones soviético-norteamericanas. La define como "entente limitada", ni extrema tensión ni amplia colaboración, y encuentra las causas de esta evolución en el predominio del interés nacional sobre la ideología entre los soviéticos, resultante del largo plazo fijado para la consecución de un objetivo político. Otro factor está en el nuevo equilibrio nuclear que limita la acción de ambas potencias a conflictos localizados, de carácter más bien económico-político que militar, lo cual ha permitido un relajamiento de la tensión mundial y el surgimiento de nuevos polos de poder como China. Esto ha llevado a las dos grandes potencias a encontrar un cierto paralelismo de intereses, ya que ahora su principal preocupación no es su rivalidad, sino las fuerzas derivadas del nacionalismo. Pero señala también dos recientes factores que han aminorado esta *détente*: para la Unión Soviética la guerra de Vietnam y el conflicto sino-soviético, que han limitado la apariencia de cooperación bilateral en todos los campos; y para Estados Unidos, el problema de la reunificación alemana, en el que ninguno parece dispuesto a ceder. Espera el autor que ambas potencias, conscientes de que sus objetivos a largo plazo requieren la ampliación de las áreas de colaboración, ajusten sus prioridades políticas a esta situación.

Toca al editor, Rodger Swearingen, analizar en el último capítulo la perspectiva de las relaciones entre Moscú y Pekín. Indica que la visión leninista del mundo, base de la estrategia internacional del Kremlin, y que tiene como fin último el triunfo mundial del socialismo, guiado por la Unión Soviética, tuvo que modificarse a partir de la segunda guerra. Actualmente debe hablarse de un policentrismo debido a las fuerzas del nacionalismo y al surgimiento de China Popular. Señala tres principales causas del conflicto entre los dos grandes países socialistas: 1) la diferencia en herencia cultural y tradiciones históricas: China siempre se ha considerado el centro del mundo, líder natural de Asia, lo que acentúa su nacionalismo; 2) la diferente experiencia histórica frente a Occidente; la Unión Soviética pertenece a la cultura occidental mientras que China ha debido soportar el imperialismo de Occidente; y, 3) la diferencia en niveles de desarrollo económico: China es económicamente inferior, por lo que ha creado organizaciones políticas, económicas, militares, etc., diferentes a las soviéticas.

Entre los puntos específicos de conflicto considera Swearingen de gran importancia los ideológicos (vías hacia el socialismo y coexistencia pacífica). Pero estima que lo que más preocupa a la Unión Soviética es la rivalidad china por el liderazgo del movimiento comunista, pues si resulta desplazada, sus intereses nacionales serían afectados. Y como el autor no concede, como Taylor, importancia a las cuestiones de personalidad, cree improbable que ambos países puedan resolver sus controversias. Sólo puede esperarse, señala, que se suavice el debate público y que en ciertas áreas de ventajas mutuas surja más cooperación entre ambos.

Este último capítulo, junto con el de Shulman, destacan en el libro por su información y análisis equilibrado y ecuánime. La principal deficiencia que aparece a lo largo del texto es una visión parcial, que expone y ofrece solamente la perspectiva norteamericana de superpotencia, y expone la realidad internacional desde este punto de vista limitado, la impresión del paso de una posición estadounidense de terror y rechazo total al comunismo, a una de subestimación de la importancia e influencia del mundo socialista, en una época en que es innegable que tanto la Unión Soviética como China Popular tienen un lugar decisivo en la evolución de la política internacional.

Por otro lado, es notorio en varios autores la insuficiencia de información para la comprensión adecuada del tema. Debe señalarse también que los estudios se basan casi exclusivamente, fuera de una que otra mención a revistas chinas o soviéticas, en las ideas y conocimientos de los autores, sin un respaldo de fuentes bibliográficas válidas.

ADRIANA NOVELO Y QUINTANA
Centro de Estudios Internacionales
El Colegio de México